Bitácora de la gratitud

Alcides Chavarría



Presentado por

Poemas del Alma

Dedicatoria

Dedicatoria

A Teresa de Jesús Chavarría Zepeda De Rojas (1923-2014).

A ti, madre, que tuviste la fuerza de los robles y la ternura de los ríos.

Te dedico estos versos porque tú fuiste el primer acto de amor que me permitió ser libre. Gracias por la generosidad inmensa de dejarme partir cuando yo apenas era un niño de catorce años, aun a costa de quedarte a solas con tu corazón partido en la orilla del silencio.

Mientras yo descubría el mundo, tú sostenías mi ausencia con la fe de quien sabe que los hijos son aves de largo vuelo. Si en estas páginas hay gratitud para un pueblo extraño, es porque tú me enseñaste primero que el amor es el único idioma que no necesita traducción.

Este libro es el regreso del hijo que nunca te soltó de la mano. Aunque tu luz se hizo eterna en 2014, cada palabra aquí escrita lleva el sello de tu estirpe y el eco de tu bendición.

Para ti, mi reina, mi origen y mi puerto.

Agradecimiento

¿Qué sucede cuando un niño de catorce años cambia su hogar por una isla desconocida, llevando como único equipaje la bendición de su madre y un corazón lleno de preguntas?

Bitácora de la Gratitud no es solo un poemario; es el testimonio vibrante de Reynaldo Alcides Rojas Chavarría, un joven que vivió la aventura de transformarse en hombre bajo el sol de la Cuba de los años 80. A través de versos cargados de luz y nostalgia, estas páginas nos llevan desde el rigor geométrico de un aula en la ESBEC #54 Amistad Cuba Nicaragua hasta la calidez de un hogar pinero donde el arroz con frijoles sabía a familia.

Aquí encontrarás la historia de un pueblo que se preparó para amar a los hijos de otros, y la de un estudiante que descubrió que la patria no es un pedazo de tierra, sino el abrazo de los maestros, la lealtad de los amigos y la cura tierna de una enfermera en medio del Caribe.

Es un canto a los héroes cotidianos: al profesor de matemáticas que enseñó a bailar, a la maestra santiaguera que recitó a Martí, y, sobre todo, a Teresa de Jesús, la madre que tuvo el valor de dejar ir para permitir el milagro del regreso.

Este libro es una invitación a creer en la bondad humana. Es la prueba de que el agradecimiento es la llave que abre todas las fronteras y que, al final del camino, nadie es realmente un extranjero si se atreve a aprender el idioma del afecto.
Una lectura inspiradora para quienes creen en el poder de los puentes, el valor de la educación y la fuerza invencible de la gratitud.

Sobre el autor

Alcides Chavarría, cuyo nombre es Reynaldo Alcides Rojas Chavarría (1966), es un ingeniero informático nicaragüense, nacido en Managua, Nicaragua de padres campesinos originarios de la región del Pacífico Occidental de su país.
A los 14 años, el 31 de agosto de 1980, partió becado hacia Cuba, una semana después de la culminación de la Cruzada Nacional de Alfabetización (CNA).
Durante los cursos académicos 1980-1981 y 1981-1982 estudio 8vo y 9no grados en la ESBEC #54 Amistad Cuba Nicaragua en la Isla de La Juventud (antigua Isla de Pinos).

Nota del Autor: El surco y la pantalla

A menudo se dice que el tiempo es lineal, pero mi memoria prefiere la circularidad de aquellos dos años en la Isla de Pinos (1980-1982). Llegué siendo un niño de catorce años a la ESBEC #54 Amistad Cuba Nicaragua, y partí a los dieciséis con la piel curtida por el sol y las manos sabias en los ciclos de la tierra.

Allí aprendí que la vida se cultiva con paciencia: desde el cuidado delicado de los tomates en los almácigos hasta la fuerza necesaria para sembrar plátanos y yuca. Los campos de cítricos no eran solo paisaje, eran nuestra escuela del deber, culminando cada año en la euforia colectiva del Festival de la Toronja, donde la isla celebraba su abundancia y nosotros nuestra hermandad.

Pero no todo fue surco. En las noches de Nueva Gerona, el Cine Caribe se convertía en nuestra ventana al mundo. Bajo su techo, los jóvenes nicaragüenses nos asomamos a la estética de Europa y América a través del celuloide, descubriendo que el arte, al igual que nosotros en aquella escuela, es una lengua universal que no entiende de muros.

Estos versos son el destilado de esa mezcla: el sudor de la siembra, el aroma de la toronja y los sueños proyectados en una pantalla de cine frente al mar Caribe.

índice

Geografía de la ceniza y la promesa

Código de luz y costumbre

¿Dónde están, muchachos?

El Teorema de Cristóbal: La perspectiva justa

El trazo de Bartolomé: La línea y la alegría

La Poesía tiene nombre de mujer: Vivian, Santiago de Cuba en la voz

El taller de Joselito: La utilidad del hombre

La geografía del azúcar y el barro

El método de Leónides Alfredo: La ciencia del afecto

Los trabajadores de la cocina: Las manos del humo

El amparo de Carol: La enfermera del consuelo

El puente de las ESBEC: La muchacha de Oriente

El regreso por tus manos (A la nicaragüense N. B.)

Archipiélago de los Encuentros: El desembarco en la luz

Octubre de 1986

Nicaragua en tres respiros

Canto a la tierra fértil

Pasos en el tiempo

El hilo de las horas

Acordes de la memoria

Del alba y del asombro

Los hermanos del pupitre: En la Cuba de 1980-1985

La arquitectura de los días

Donde se desenreda el viento

Liturgia de la intemperie

Décimas al compás del monte cubano

Melodía eterna

El pulso de la lumbre

El agua secreta de la aurora

Los soles del grano

Crónica del patio y el laurel: Muñeco y Bomaco

Elegía de la memoria y el patio

Manifiesto de la prisa leve

Elegía de la mitad que quedó en el horizonte

Trilogía de la raíz y el vuelo

Salmo de lo que ya habita

Geografía de la ceniza y la promesa

No desandes los pasos de la ausencia,
a buscar la raíz que el viento se llevó.
El mapa de la alegría es pura efervescencia,
un rastro de ceniza en el reloj del adiós.
Todo ha mutado: el río ya no es el mismo río,
y tus ojos tampoco, en el espejo gris del tiempo.
No busques el fulgor que un día fue tuyo,
porque la nostalgia es un veneno lento,
un laberinto de fantasmas que te atrapa,
una trampa de la melancolía que te mata.
El presente te envuelve en su abrazo cotidiano,
el aroma del café, el bullicio de la calle,
el roce de la vida, el pulsar de lo humano,
cada instante un nuevo mundo que estalla.
No te pierdas en el eco de lo que fue,
abre los ojos a la maravilla de lo que es.
Y mira hacia adelante, hacia el horizonte,
donde un nuevo día te espera con su promesa de luz.
Nuevos caminos, nuevos rostros, nuevas historias,
un mar de posibilidades que te invita a zarpar.
El futuro es un lienzo en blanco que aguarda,
no tengas miedo de pintarlo con tus sueños.

Código de luz y costumbre

En las horas que gotean sobre la pantalla,
reviso el polvo azul de las fotografías:
aquellas mañanas con olor a patio y cal,
el rumor del radio encendido a mediodía
y la voz de los ausentes que aún sostiene la casa.
El pasado no se pierde,
es un código fuente que late bajo el suelo.
Hoy, la tarde transcurre en la vibración del tráfico,
el café escurriendo despacio sobre el filtro,
la luz diagonal que dibuja mi sombra en el piso
y este teclado cansado donde la vida se tiñe de rutina.
Hay belleza en la pausa del reloj,
en la señal estable, en la mesa servida,
en este presente simple que habito sin prisas.
Mañana el aire vendrá limpio, renacido.
Siento la inercia del sol cruzar la ventana,
un horizonte abierto trazándose en coordenadas claras.
El futuro no es una sombra extraña,
es un mapa encendido a la vuelta del día,
un latido constante que nos invita a empezar.

¿Dónde están, muchachos?

El eco de mis pasos naufraga en estos pasillos,
venas vacías de un gigante que se ha quedado dormido.
Busco entre las sombras de las aulas,
recintos de tiza donde el tiempo se detenía,
como un reloj de arena al que alguien, por piedad, le selló el paso.
Recuerdo nuestras cabezas juntas,
racimos de ansiedad,
sobre los pupitres astillados antes del examen.
Éramos náufragos aferrados a los cuadernos,
mientras en la biblioteca ?templo de silencio y polvo?
las enciclopedias nos miraban con la severidad de los siglos.
Éramos alquimistas de lo incierto,
buscando respuestas
que no estaban en los índices, sino en nuestras propias risas.
¿Qué fue de aquellas mañanas de sol filtrado?
El recreo era una patria libre bajo los árboles;
gigantes verdes que nos prestaban su sombra como un abrigo.
Allí, en las bancas que eran barcos de cemento,
la merienda sabía a tregua y el refresco a elixir sagrado.

Nuestras voces eran pájaros de fuego
cruzando el patio,
ajenos a que el calendario, verdugo
silencioso,
ya afilaba sus hojas para cortarnos el hilo.
Le pregunto al viento por la maestra de
historia,
que dibujaba imperios muertos sobre la
pizarra
sin saber que ella misma sería ceniza en
la memoria.
¿A dónde se fue la chica del pupitre del
fondo?
Aquel amor platónico que caminaba
dueña de la brisa,
con ojos como lunas donde yo anhelaba
naufragar.
Ella fue el poema que nunca me atreví a
escribir,
la metáfora de todo lo que la vida
prometió
y luego nos cambió por el olvido.
Corría el año 85 y el mundo era un libro
por estrenar.
Hoy, ante paredes descascaradas como
nuestra inocencia,
lanzo de nuevo la pregunta al vacío de la
tarde:
¿Dónde están, muchachos?
¿Detrás de qué oficina, de qué cansancio
o lejana frontera,
se quedaron guardados nuestros bultos
llenos de futuro?

El Teorema de Cristóbal: La perspectiva justa

Llegaba con el paso rápido de quien domina la ciudad y el aula,
tiza en mano y la elegancia de una Habana que no se apaga.

Cristóbal, el guía que nos puso a mirar el mundo
desde la Perspectiva Caballera, siempre en el ángulo justo,
para que la realidad no se nos deformara en la mirada.

Cuando el aula se volvía un torbellino de hormonas y ruidos,
su voz cortaba el aire con un mandato que era casi un rito:
"?¡Caballeros, por favor!?", y de pronto el caos se ordenaba,
la pizarra volvía a ser el centro y su palabra la ley.

Porque usted sabía que para aprender el movimiento
primero hay que encontrar el eje, el punto de reposo.

Nos enseñó que la vida es una sucesión de formas:
la Traslación de nuestras almas desde un mapa lejano,
la Rotación constante de los días bajo el sol del Caribe,
y esa Reflexión necesaria, como un espejo de simetría,
para reconocernos en el otro, aunque fuera distinto.

Pero la lección más alta no estaba en los teoremas,
sino en el pasillo aéreo, bajo el bochorno, marcando el ritmo:
allí nos enseñó el Baile de La Chancleta,
ese golpe seco contra el suelo que era música y era tierra.

Usted, el profesor de los números, nos sacaba el fuego,
el compás de la Isla que se nos metía por los pies.

Gracias, Cristóbal, por darnos la medida de todas las cosas.
Por enseñarme que un hombre puede ser exacto como una escuadra
y libre como un repique de madera sobre el asfalto.

En mi memoria queda su voz, su guía y aquel ángulo perfecto
donde la matemática se volvió, finalmente, un baile de hermanos.

El trazo de Bartolomé: La línea y la alegría

Bartolomé llegaba con el aura del que no acepta tachaduras,
custodio de la blancura del papel y el filo de la mina.

Para él, un plano no era un dibujo, era una promesa;
una línea mal trazada era una mentira sobre el papel,
y el rigor de su escuadra no perdonaba el rastro de la grasa.

"¡Ese plano tiene que hablar de tu limpieza!", nos decía,
con una voz que retumbaba en el aula, honda y paternal,
mientras buscaba con lupa la sombra de una rebaba
o la imprecisión de un empalme que no llegaba a su destino.

Exigía un trazo firme, un pulso de cirujano,
enseñándonos que en la pulcritud de un eje de simetría
se juega la seriedad con la que un hombre mira la vida.

Pero detrás de la regla y la mirada severa,
habitaba un alma que parecía bailar entre las mesas.

Bartolomé era un estallido de luz cuando el deber terminaba,
una risa que te abrazaba el hombro con fuerza de padre,
celebrando tu acierto como si fuera una victoria propia.

Nos enseñó que la precisión no tiene que ser fría,
que se puede ser riguroso y tener el corazón danzante,
que la firmeza de la mano nace de la alegría del espíritu.

Gracias, Bartolomé, por no dejarme ser mediocre,
por obligarme a buscar la perfección en cada rotulado
y por darme, con tu voz de trueno cariñoso,
el plano exacto de lo que significa ser un hombre íntegro.

La Poesía tiene nombre de mujer: Vivian, Santiago de Cuba en la voz

Usted llegaba al aula con el sol de Santiago en los ojos
y esa cadencia de los que saben que la palabra es música.
Era una mulata de estirpe, de gesto firme y cuello largo,
que traía en la piel el aroma de la Sierra
y en la lengua el fuego de una ciudad que no sabe callar.

Cuando abría el libro, el bochorno del aula se detenía.
No leía versos: los invocaba.
Y de pronto, entre Martí, Guillén y la humedad del Caribe,
su voz cruzaba el aire para buscarme en el pupitre.
Me miraba con esa sabiduría antigua y me decía:
?Dígame usted, "Rey Alcides", ¿qué le dice este poema?

Aquel nombre, que solo usted pronunciaba con tal elegancia,
me hacía sentir que mi historia no era un exilio,
sino una épica que apenas comenzaba.
"Rey Alcides", me llamaba, y en su acento santiaguero,
las eses se volvían suspiros y mi nombre una bandera.
Me daba una corona que yo no sabía que tenía,
una estirpe de héroe griego perdida en una beca cubana.

Usted me enseñó que la literatura no ocurre en el papel,
sino en el cuerpo, en la gracia de un brazo que declama,
en el orgullo de saberse hijo de un idioma y de una tierra.

Gracias, maestra, por ese reino de dos años,
por enseñarme que un joven extranjero también puede ser Rey
si aprende a leer la luz con que Usted nos miraba.

El taller de Joselito: La utilidad del hombre

Joselito tenía las manos marcadas por la lógica de los metales
y una paciencia de artesano para explicarnos el alma de las cosas.

En su taller, el mundo no se tiraba cuando se rompía;
se abría con cuidado, se entendía su secreto
y se obligaba al tiempo a retroceder con un destornillador.

Nos puso frente al vientre de metal de la Aurika 70,
ese torbellino blanco que dictaba el ritmo de los sábados.
Aprendimos su mecanismo, el latido de su motor,
la limpieza de los filtros y el orden de sus cables,
descifrando el mapa de un engranaje que parecía eterno.

Y luego, la Plancha rusa, pesada como la historia,
con su resistencia de fuego y su cable de tela.
Joselito nos enseñaba el mantenimiento, el roce justo,
la reparación que devolvía el calor a las camisas
para que saliéramos al mundo impecables y dignos.

"Un hombre tiene que ser útil en el hogar", nos decía,
mientras nos mostraba que la hombría no era fuerza bruta,
sino la delicadeza de ajustar un tornillo
o la inteligencia de devolverle la vida a un electrodoméstico muerto.

Gracias, Joselito, por hacernos dueños de nuestras propias herramientas.
Por enseñarme que cuidar lo que se tiene es una forma del amor,
y que ser un "hombre útil" es el oficio más alto
que un joven extranjero podía llevarse en la maleta.

La geografía del azúcar y el barro

Soy el puente extendido, la raíz que nació en el asfalto,
pero que bebió la luz en el polvo de Occidente.
Hijo de manos curtidas, fui un niño de ciudad
bautizado por el campo en una escuelita rural,
donde el tiempo no corría: se galopaba.

Bajo el sol del Pacífico, mi herencia fue un lenguaje
de cuero y de fatiga, de riendas y de mando;
domé la voluntad del camino en mi viaje
mientras el horizonte se nos iba entregando.

Frente al brocal del pozo, cumplí el rito fecundo
de despertar al agua en su espejo profundo,
con el balde ascendiendo como un sol de cristal;
mientras mi fiel caballo sostenía en su lomo
el peso de la sed, del mundo y de su plomo,
en una alianza antigua, sagrada y animal.

Escuché el canto de los ejes de madera,
ese lamento musical de las carretas
cargadas de caña bajo un sol de fuego.
Y en el trapiche, el milagro: el guarapo hirviendo,
un incienso de almíbar que perfuma
el aire de hoy y la memoria de siempre.

¡Oh, la alquimia de la miel batida!
Esa danza exacta entre el calor y el frío
para que el atado de dulce durmiera en su molde,
o para que el alfeñique ?blanco y tenaz?
se levantara abrazando la semilla tostada
del marañón o el árbol de Panamá.

Caminé la chácara tras la sombra del tío Toño

-que la tierra le sea leve como el vuelo de un pájaro-,
cargando el verde racimo, el plátano o el manzano,
la ofrenda frutal de una tierra generosa.
Entre el maizal, mis manos pequeñas
fueron cómplices de primos y sobrinos,
cosechando la panza de los ayotes y el frescor del pipián.

No son solo recuerdos. Es el mapa de mi sangre,
un dulce de madera, de tierra y de sol
que llevo tatuado en el alma;
un rastro inolvidable,
como el olor del campo después de la primera lluvia.

El método de Leónides Alfredo: La ciencia del afecto

Entraba al aula con la bata impecable y la calma de quien custodia
los códigos invisibles que sostienen la materia,
tiza y probeta en manos acostumbradas a nombrar el mundo
con un brillo en la mirada que desarmaba cualquier fórmula fría.

Leónides Alfredo, el alquimista de la Isla que nos enseñó
que la química es el arte secreto de la metamorfosis:
el punto exacto donde la distancia se vuelve casa
para que el peso del desarraigo no nos doblara el pecho.

Cuando el laboratorio se llenaba de vapores y murmullos en ebullición,
su voz reposada cortaba el aire como una frecuencia clara:
"?Observemos con atención cómo reaccionan los cuerpos?",
y el caos de la juventud hallaba un cauce preciso,
la tabla periódica convertida en un mapa de navegación.

Porque usted sabía que para entender la transformación
primero hay que atreverse a disolver la memoria en el paisaje.

Nos enseñó que la existencia es una cadena de reacciones:
el Enlace de nuestras raíces con la brisa de Nueva Gerona,
la Solución perfecta de un umbral que se abre sin reservas,
y esa Reacción endotérmica, donde la calidez entra despacio
para temperar la escarcha de los primeros años lejos del nido.

Pero la fórmula más alta no habitaba en los textos,
sino en la confianza de nombrarme monitor de monitores en noveno grado,
en mirar más allá del pupitre y reconocerme como rama de su propia sombra;
allí me enseñó la verdadera alquimia del afecto.

Usted, el maestro de los elementos, me sacó de la teoría
para llevarme directo a su mesa, al corazón de su geografía.

Y allí, frente al humilde potaje humeante de su Madre,
donde el vapor trazaba espirales de bienvenida,
viví mi primera cena en un hogar pinero, sagrado y tibio,
sin ecuación ni algoritmo capaz de calcular
cómo el amor verdadero transmuta el mapa en un abrazo.

En el matraz de su paciencia, mi origen y esta tierra hicieron una sola sustancia,
un enlace covalente que el tiempo no podrá romper.

Hoy que miro la luz de la Isla desde el umbral de mis plateados años,
comprendo que el pasado no es un peso, sino el combustible
que enciende la promesa de todos los mañanas.

Gracias, Leónides, por abrir la puerta sin pedir credenciales,
por borrar la frontera entre el que llega y el que pertenece,
y dejarme germinar, para siempre, como un retoño legítimo de esta Isla.

En la memoria me queda su ciencia, su bondad y aquel vapor constante
donde la química entera se volvió, finalmente, la certeza de una familia.

Los trabajadores de la cocina: Las manos del humo

Antes de que el sol encendiera los campos de toronja,
ya ustedes habían librado la batalla contra el fuego.
Los oigo todavía: el chocar de los calderos gigantes,
el vapor que subía como un incienso humilde y necesario,
y ese olor a arroz y a esfuerzo que llenaba el comedor de la beca.

Ustedes, que sudaban frente al fogón infinito,
me servían la ración con un gesto que no era de oficio, sino de entrega.
Sabían que en ese plato iba nuestra fuerza para el aula y el campo.

Nunca fueron extraños; eran los tíos de la gran familia,
los que vigilaban que el hambre no nos robara el sueño.

Gracias por el extra en la bandeja cuando la noche era larga,
por la sonrisa cansada tras el mostrador de acero,
y por recordarnos, en cada bocado de aquel tiempo,
que la patria se construye también con el fuego de una hornalla
y la generosidad de quien alimenta a un hijo que no es suyo.

El amparo de Carol: La enfermera del consuelo

En el blanco silencio de la enfermería, Carol era la calma.
Tres veces crucé su puerta con el cuerpo roto y el susto en los ojos,
y tres veces sus manos de ángel me devolvieron al mundo.

Recuerdo la primera vez: el vacío oscuro del desmayo,
el despertar en su regazo mientras el aire regresaba,
y su voz suave diciéndome que todo estaría bien.

Luego, el fuego en la piel, la quemadura en el brazo,
y ella aplicando el bálsamo con una delicadeza de seda,
como si cada herida mía le doliera en sus propios nervios.

Y la tarde del cristal roto, el estallido del vidrio
cuando la raqueta del Pequeño Juan voló por el aire del juego.
Llegué con el rostro marcado, la sangre asustada en la mejilla,
y Carol, con la paciencia de quien borda la vida,
limpió los fragmentos del accidente sin dejar espacio al miedo.

Gracias, Carol, por tus curas que eran más que medicina.
Por tus manos blancas en medio de nuestra selva de becados,
y por cuidar de este joven con la ternura de una hermana mayor.
Si hoy no tengo cicatrices en el alma, es porque tú supiste
sanar con amor cada golpe que la vida me dio en la Isla.

El puente de las ESBEC: La muchacha de Oriente

Tu acento era un trino de pájaros libres,
un sol granmense que se colaba en los pasillos de mi beca.

Nos separaba un tramo de tierra roja y cítricos,
pero nos unía ese deseo de quince años
de inventarnos un mundo donde el uniforme fuera gala.

Te recuerdo en las tardes de pase,
caminando hacia el límite exacto de nuestras escuelas,
donde el viento traía el olor a azahar de los campos pineros.

Tú, con tu risa de Oriente, me hablabas de una Cuba
que yo solo conocía por los libros de la profesora,
y en tus besos de adolescente, entre el susto y la prisa,
comprendí que el amor no tiene pasaporte ni distancia.

Gracias por ser mi primer refugio en la Isla,
por enseñarme a querer bajo el ritmo de la guajira
y por dejarme ver, en el brillo de tus ojos orientales,
que la felicidad podía ser simple: un abrazo a escondidas
mientras el sol se hundía detrás de las palmas.

©?Todos derechos reservados 29 de octubre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua

El regreso por tus manos (A la nicaragüense N. B.)

Después de tanta travesía de sal y de palabras nuevas,
llegaste tú, con el aroma del terruño y el gesto familiar.

Me aceptaste con esa benevolencia sagrada,
con la paciencia de quien recibe a un náufrago
que trae el habla mezclada y el alma llena de ausencias.

No fue un camino solitario: Blanca fue el puente,
la amiga de manos abiertas que supo leernos el destino.
Ella puso la complicidad, la palabra justa, el encuentro,
para que tu generosidad encontrara mi historia
y decidieras que este joven, curtido por el Caribe,
merecía el puerto seguro de tu ternura.

Agradezco tu benevolencia, ese amor que no juzga,
que abraza mis dos años de ausencia como parte de lo nuestro.

Gracias a Blanca, por ser el hilo que cosió nuestras sombras,
y a ti, por ser la patria que finalmente me dio el sí,
devolviéndome la certeza de que, después de tanto viaje,
el amor más puro es aquel que nos permite volver a casa.

©?Todos derechos reservados 30 de octubre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua

Archipiélago de los Encuentros: El desembarco en la luz

Me voy con el equipaje templado por dos febreros de salitre, cargando un peso que no hunde la barca, sino que la empuja hacia el centro limpio del mapa.

Atrás queda la Isla: el rumor antiguo de la Aurika custodiando el sueño, la tiza de Cristóbal y el pulso de Bartolomé marcando en las costillas una geografía insondable. Dejo en estas orillas mi asombro de los catorce años, aquel temblor frente al acento extraño y la luz vertical de un sol que no perdonaba la sombra.

Pero el tiempo no pasa en vano sobre la piel. Me llevo el título clandestino de «Rey Alcides» grabado en la frente, la cartografía invisible de una cicatriz que Carol cerró con ternura, y el humo espeso del potaje pinero latiendo en la médula.

Cuba ya no fue solo un país: fue un útero de madera y salitre, un taller donde la arcilla humana se moldeó entre manos negras, blancas y canelas. Allí comprendí, sin manuales ni urgencias, que la gratitud es la forma más alta del entendimiento, y que un hombre solo es libre cuando se sabe amado por extraños que de pronto se vuelven casa.

Ahora, la proa apunta hacia el verde profundo de Las Villas, hacia el pulso encendido de Santa Clara. Alzo la mano hacia la costa que se desvanece en espuma: gracias a los que me dieron mesa, pupitre y beso breve.

No regreso siendo el mismo extranjero que desembarcó con miedo; soy un hombre nuevo que lleva una Isla entera latiendo en el pecho, porque he descubierto, al fin, que la patria no es el suelo donde uno nace por azar, sino el refugio inviolable de los amigos que nos dejaron quedarnos para siempre.

©?Todos derechos reservados, 31 de octubre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Octubre de 1986

Hoy escribí tu nombre
en el brazo llano y vacío de un pupitre.

Lo escribí inconscientemente
como llevado por los estertores convulsivos de tu recuerdo
que moría en la punta de mi lápiz.

Recuerda la fecha,
porque quizás un día
otro enamorado rayé con su lápiz
el lugar
en donde un día
Yo escribí tu nombre.

COROLARIO EN LA MODERNIDAD
Octubre de 2026

Hoy grabé tu nombre
en la fría y pulida superficie de una tablet apagada.

Lo hice con la precisión ciega de un reflejo,
como si la pantalla táctil fuera la piel de un tiempo que se niega,
como los últimos pulsos digitales de un eco
que se extingue en la punta de mi stylus.

Guarda este registro en la nube de tu memoria,
porque tal vez mañana
otro pulso anónimo deslice su rastro de luz
sobre el mismo píxel exacto
en donde hoy, con pulso tembloroso,
yo escribí tu nombre.

©?Todos derechos reservados, 1 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Nicaragua en tres respiros

I
Ceniza y fuego,
el pie sobre la tierra
vibra dormido.

II
Verde profundo,
la nube besa el roble
sin despertar.

III
Sal y madera,
el mar canta en tres lenguas
bajo la tarde.

©?Todos derechos reservados, 2 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Canto a la tierra fértil

I
Blanco algodonal,
la mano que cosecha
toca la nube.

II
Verde el maizal,
el viento entre las hojas
viste de lluvia.

III
Dulce cañaveral,
al borde del camino
un sol de miel.

©?Todos derechos reservados, 3 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Pasos en el tiempo

I
Paso ligero,
el agua en las manos
retiene el cielo.

II
Rueda la esfera,
el patio de la escuela
guarda la risa.

III
Sombra en el muro,
la voz busca su cauce
entre la bruma.

IV
Pulso caliente,
el viento de la tarde
abre el camino.

V
Surco en la frente,
la casa se puebla
de otras presencias.

VI
Paso sereno,
el fuego de la tarde
se vuelve luz.

©?Todos derechos reservados, 4 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

El hilo de las horas

I
Manos de barro,
el trompo gira el mundo
sin mirar horas.

II
Sombra y espejo,
la voz busca su cauce
entre la bruma.

III
Paso sereno,
el tiempo en las manos
se vuelve luz.

©?Todos derechos reservados, 5 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Acordes de la memoria

I. Nicaragua mía
Patria sencilla,
el paso de la aurora
abre los surcos.

II. La Mora limpia
Blanca magnolia,
la falda de la tarde
baila en el patio.

III. Nicaragua Nicaraguita
Norte de pinos,
la brisa de la sierra
canta en la flor.

IV. El fiel enamorado
Paso de clave,
la noche en la ventana
llama a tu nombre.

V. Nosotros
Ceniza fría,
nosotros y el olvido
bajo la lluvia.

VI. El Manisero
Pregón de oro,
el cono de maní
despierta el trino.

VII. Lágrimas negras
Llanto en la sombra,
el eco de tus penas

baila despacio.

©?Todos derechos reservados, 6 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Del alba y del asombro

I
Queda atrás la marea de la sombra,
el pulso fatigado que rozó la intemperie.
Hoy descifro el temblor de las horas sencillas
y reconozco el mapa de la luz en las manos.
No es el olvido el que rescata el día,
sino este pulso firme que decide la aurora:
renacer no es volver a nacer de la espuma,
sino elegir el barro donde brota la espiga.

II
Amor mío,
andamos este filo de la tarde
no como quien desafía la altura,
sino con la modesta certidumbre
de quien sabe que cada escalón
es un pacto con el tiempo y el asombro.
Afrontar la fatiga del camino
ha sido descifrar la arquitectura de los días
y hallar en la humildad el refugio más alto.

III
Sos el don silencioso,
la gracia que rescata la raíz del desierto.
Gacela viva que cruza el claro del bosque;
Corona de claridad sobre el desvelo;
Presencia cierta que desarma el invierno
y enciende la medida exacta de la paz.

IV
Por eso hoy se desata la promesa:
dejar que la memoria sea un río limpio,
abrir los ojos al milagro cotidiano

y afirmar el milagro de estar vivos.
Que aunque la música guarde silencio en la estancia,
la melodía entera continúe latiendo
en la sangre,
en el aire,
en la inalterable luz de ser nosotros.

©?Todos derechos reservados, 7 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Los hermanos del pupitre: En la Cuba de 1980-1985

"Aquí está mi casa abierta
Hay un plato por ti en nuestra mesa
Sombra de árbol para tu cabeza
Libro abierto a tu vida, mi puerta."
Salvador Cardenal Barquero, compositor nicaragüense (1960-2010) y miembro del Dúo Guardabarranco.

No compartimos la sangre ni el nombre ni la arcilla,
pero un parentesco de pino y de herrumbre
se nos pegó a las manos bajo el aula.
Allá arriba el ventilador ?hélice lisiada?
solo batía la densidad del bochorno,
mientras el sol de las dos devolvía a la tierra
la quemadura exacta de los cítricos.

Ustedes abrieron la grieta de la risa
para que mi acento ?aún extranjero a la marea?
encajara sin rozar en el bullicio del albergue.
Fuimos náufragos al pie de una pizarra de física,
repartiendo la acidez exacta de la merienda
y el sudor que la tierra reclama tras la siembra.

Recuerdo el apretón de manos al borde del sábado,
la clave informal del asere que me dio otro nombre,
limando con afecto los kilómetros de la ausencia
hasta volver cotidiana mi propia voz,
como si la beca, la guagua y la luz del Caribe
me hubieran esperado desde siempre.

Nos hicimos hombres entre folios de papel rústico,
escuchando el impacto del temporal contra la placa
mientras adentro, con la exactitud del dibujo,
inventábamos un mapa para el mundo.

Si hoy camino sin vacilar por estas calles
es porque sus hombros fueron el muro de contención.
Hermanos del rigor, de la tiza y de la fiesta:
mi juventud es la geografía que ustedes trazaron.

Llevo esta herencia adonde sea:
saber que la patria no es el suelo donde se nace,
sino la puerta que se abre y la voz que confirma:
"llegaste, esta también es tu casa".

©?Todos derechos reservados, 8 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

La arquitectura de los días

A Marcela, mi Amore bella.

Amore mío, no recuerdo mi vida antes de conocerte, porque el tiempo sin ti carece de geografía y de nombre.

Antes de ti, solo había un recuento de minutos abstractos,
calles sin rumbo fijo y un archipiélago de ruidos cotidianos.

Tú llegaste no como un estruendo, sino como las cosas elementales:
el agua limpia, el pan sobre la mesa, la precisión de la luz en la ventana. Esa es tu sencillez, compañera, un milagro diario que no necesita vestirse de gala.

Hay días en que la memoria se pone triste, herencia de viejos dolores,
y miro mis manos vacías, sintiendo los golpes duros de la existencia. Pero tu presencia firme desmiente cualquier orfandad o intemperie.

Donde hubo un vacío oscuro, tu constancia tejió un suelo seguro,
un territorio de oraciones compartidas y silencios que todo lo sanan.

Me gusta tu alegría sin rodeos, esa manera tuya de defender la esperanza
mientras ordenas el caos del mundo con un gesto tuyo y exacto.

Eres la amiga que descifra mis mapas, la que apuesta por mí en el invierno. Nuestra casa no es un refugio contra la tormenta, sino el proyecto vivo
donde tu auxilio oportuno levanta los muros de nuestra resistencia.

Tengo una certidumbre de roca cuando te miro caminar a mi lado.
Tu lealtad no es sumisión; es una fuerza callada que sostiene el universo,
un ritmo propio, severo y dulce, que me salva de la dispersión.

No eres la musa lejana de los libros, sino la arquitectura de mis días,
la aliada fiel que convierte el barro de la rutina en un pacto eterno.

©?Todos derechos reservados, 9 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua,

Nicaragua

Donde se desenreda el viento

"La vida a la vida convida"
y yo sigo aquí,
entre la pantalla y el reflejo,
contando las horas de un tiempo prestado,
atrapado en el pulso distante de las noticias
y los ecos de un mundo que solo ocurre en voz ajena.

Pero el asfalto cansa.
Y la memoria ?esa vieja geografía de hojas húmedas?
reclama el río,
la orilla donde el agua se limpia a sí misma
y la tierra huele a promesa antigua.

No más cartas en la penumbra,
ni canciones de radio que se apagan con el alba.
Voy a cruzar la fábula y el canto;
voy a dejar atrás la feria de los hombres,
sus ruidos y sus máscaras.
Aunque "nada de lo humano me sea ajeno",
hoy elijo el latido puro de la raíz.

Allá me esperan los robles y los laureles,
el perfume espeso de las sábilas y las limonarias,
la blancura encendida del sacuanjoche
y el paso firme del madroño.

Allá, donde el icaco y el caimito guardan la infancia
y el viento ?arena viva, nunca polvo?
desata su curso entre las piedras.

Renacer es esto:
soltar la estatua en la que me había convertido,
caminar hacia el origen,

y hallarme, al fin, Junto y Solo,

aprendiendo de nuevo

a escuchar cómo "se desenreda el viento".

©?Todos derechos reservados, 10 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

[1]Parafraseo de verso en el «Soneto para invitar a María a volver de San Francisco del Río», escrito por José Coronel Urtecho, poeta nicaragüense.

[2]La frase «Nada humano me es ajeno» del dramaturgo romano Publio Terencio Africano en su comedia "Heautontimorumenos" (El enemigo de sí mismo).

[3]La frase «se desenreda el viento» pertenece al Poema 18 («Aquí te amo») de la obra Veinte poemas de amor y una canción desesperada (1924) del poeta chileno Pablo Neruda.

Liturgia de la intemperie

I. Preescolar
El mundo era un animal de plastilina
y la mano balbuceaba su primera línea de fe.
Primer asombro: el asfalto guarda secretos bajo la suela;
la tiza, al desmoronarse, fundó las galaxias.
Basta un círculo para encerrar el sol en el cuaderno.

II. Primaria
La regla midió el dolor exacto del silencio
y descubrimos que las palabras caben en casilleros.
El mapa era una alfombra persa donde fuimos gigantes;
aprender el nombre de los ríos
fue aprender a no morir ahogados en el patio.

III. Secundaria
La adolescencia encendió una hoguera en el sintagma;
el álgebra desnudó la sombra de las cosas.
Dudamos del mundo, de la fe en el espejo,
mientras la sangre aprendía la gramática del fuego
y el futuro era un examen que nadie sabía corregir.

IV. Universidad
Entramos al templo donde el polvo es un archivo
y la duda se vuelve un animal domesticado.
Comprendimos que saber es despojarse de los nombres
para nacer de nuevo en la intemperie del concepto.
Avanzar no es llegar:
es saber que toda respuesta es apenas la semilla de un abismo.

©?Todos derechos reservados, 11 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Décimas al compás del monte cubano

Isla de La Juventud
Es piragua, pino y marca
del viejo mar que la azota,
donde el pino es fiel compota
con su aroma que nos marca.
Nueva Gerona se enmarca
bajo un sol de pura luz,
y en La Fe, con fe y virtud,
el pino verde se estira,
mientras la Isla suspira
como perla en la cruz.

Villa Clara
Santa Clara guarda el trino
del bravo Leoncio Vidal,
que en su marcha marcial
fue leal con su destino.
Y Sagua cruza el camino
con su río caudaloso,
cantando un son melodioso
que al viajero da abrigo;
Villa Clara es fiel testigo
de un valor puro y hermoso.

Cienfuegos
Cienfuegos es la hermosura
que a la bahía se asoma,
perfumada como poma
en la tarde clara y pura.
Su perfil de arquitectura
es un sueño en el confín;
el puerto, como clarín,

mira al mar con hidalguía,
y es la Perla que hoy día
baila un danzón sin fin.

Sancti Spíritus
Nuestra tierra espirituana
luce un brillo colonial,
y Trinidad es portal
que a la patria nos hermana.
Bajo la brisa temprana,
junto al cauce del Yayabo,
late el pecho fuerte y bravo
de Serafín en la historia;
él le regaló su gloria
con amor, de cabo a cabo.

©?Todos derechos reservados, 12 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Melodía eterna

A Marcela, mi gacela graciosa.

Amore mío,

Siempre andaremos de la mano no solo subiendo escalón por escalón, sino afrontando las dificultades con amor y humildad.

Vida mía,

Sos mi maravilloso regalo de mi Creador.

¡Sos mi gacela graciosa!

¡Sos mi amore bella!

¡Sos corona radiante!

Y que aunque está canción haya terminado, que la melodía perdure.

©?Todos derechos reservados, 13 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

El pulso de la lumbre

A Marcela, milagro cotidiano

I
Eres el claro súbito que habita la penumbra,
la lumbre que no quema sino abriga los días;
una geografía mínima donde el mundo se alivia
y descansa de su propio ruido.

II
Tu paso es un oleaje ciego que endereza las cosas,
la mano invisible que cose los desgarros del aire;
llegar a ti es volver a la casa antigua
donde el tiempo detiene su marcha de piedra.

III
No olvides el pulso secreto que habita tu boca,
la onda hondo-viva que siembra destellos en el asfalto;
cada latido tuyo traza una huella de sombra tierna
sobre la tierra sedienta de intemperie.

IV
Por eso ?ahora que la noche despliega su oficio?
te pido que guardes intacto el fuego y el norte.
El mundo, este animal herido que camina a ciegas,
necesita la gracia obstinada de tu luz.
Gracias por ser el milagro cotidiano.

©?Todos derechos reservados, 14 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

El agua secreta de la aurora

Cruzamos el desierto en la piel de una misma sombra,
con el rumor secreto de un agua que madura en el costado,
allá donde la sed es un espejo limpio
y el pulso de la tierra nos devuelve su pulso.

Hay una luz antigua que camina sin prisa,
sombra que no fatiga, presencia que enciende la vigilia;
Dios es el aire claro que habita la intemperie,
el latido invisible que acompaña los pasos del día
y cobija el silencio de la noche.

Si el pie ha tocado el fondo de la piedra y el tiempo,
si el aire se suspende en la memoria del abismo,
se abre la arquitectura secreta del impulso:
la carne se hace muelle, raíz que asciende y brota,
saeta de esperanza que rompe la penumbra.

Llegue a ti este temblor de la salud y el fuego,
la fuerza silenciosa que sostiene la aurora,
la bendición sencilla que florece en las manos
como una gratitud que rescata el mundo.

©?Todos derechos reservados, 15 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Los soles del grano

I. Despertar en la falda
Bajo el rumor espeso de la bruma,
la mano del bracero abre la aurora.
El fruto escarlata en la rama murmura
y el musgo de Dipilto se desentume y llora
su dicha de rubí sobre la grama.
Se yergue la montaña, en llama viva,
con la certeza firme del ritmo,
del cesto que se llena y que derrama
la gracia fértil de la tierra misma.

II. El ritmo del Honey
La piel del grano canta su cartografía:
Black honey todo día a la sombra: el tiempo se detiene en la penumbra donde la pulpa densa se enamora del frescor que la guarda y la alumbra;
Red honey todo el día al sol: la piel se rinde al fuego meridiano, bañada por el oro y por el tul, secándose en la mesa bajo el cielo sano;
Yellow honey mediodía al sol, mediodía a la sombra: equilibrio dorado, pulso y fiel medida, danza de luz y fronda compartida que madura el milagro de la vida.

III. La esmeralda y el fuego
Jinotega es un cántaro de brumas
donde el grano se nutre de luceros;
y Ometepe, el gigante de dos plumas,
alza sus conos verdes a los vientos primeros.
Ahí la tierra canta su victoria
en cada aromática y densa redoma,
oro líquido, pulpa, espuma y gloria,
que en la taza del mundo deja su aroma.

IV. La cosecha inmensa
Ya no hay sombra que pese ni sol que queme:
todo es júbilo verde, torrente y canto.
El cafetal estalla y se redime

de la espina del hambre y del quebranto.
¡Cosecha de esperanza y de bonanza!
La patria en cada grano danza y avanza,
con el pulso seguro del jornalero
que siembra paz y besa el mundo entero.

©?Todos derechos reservados, 16 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Crónica del patio y el laurel: Muñeco y Bomaco

Cuando la tierra se abrió bajo Managua aquel 23 de diciembre de 1972, el mundo conocido se redujo a polvo y urgencia. De ese naufragio urbano fuimos a dar al refugio verde y cálido de Chinandega, a la casa de mi abuelita Yeyita, un solar vasto donde la infancia encontró tregua y se pobló de memorias imborrables. En el centro de aquel universo doméstico reinaban dos criaturas extraordinarias que no eran simples mascotas, sino verdaderos emblemas de nuestros días: un gato llamado Muñeco y un perro bautizado como Bomaco.

Muñeco poseía la estampa de un felino de leyenda. Tenía el pelaje de un blanco inmaculado, sin la más mínima mácula que rompiera su pureza, una cola espesa y altiva, y unos ojos de un tono casi rojizo que parecían guardar rescoldos de brasa. Su envergadura superaba con creces la de cualquier gato casero; al verlo desplazarse por el patio con sigilo aristocrático, uno juraría que se trataba de un gato montés que había decidido pactar con la civilización. Y en verdad no era un animal ordinario. Cazador por vocación y estirpe, despreciaba la monotonía de los simples roedores para cobrar presas mayores: conejos de monte, iguanas verdes y garrobos negros. Su territorio de caza predilecto era un mamón descomunal ?un auténtico palencón? que se alzaba en el patio como un gigante cicatrizado, pues había resistido el impacto directo de un rayo durante uno de aquellos temporales furiosos del Chinandega de los años setenta. Desde las alturas de ese árbol herido, Muñeco acechaba y capturaba a los reptiles.

Lo verdaderamente insólito no era su destreza, sino su código de conducta. Jamás lo vi hincar el diente en carne cruda de aquellas piezas mayores ?aunque los restos esporádicos en el patio delataban que con las ratas y ratones no guardaba tanta ceremonia?. Con las presas nobles actuaba como un proveedor civilizado: las llevaba intactas hasta la cocina y las depositaba a los pies de mi prima Cándida, aguardando con paciencia monacal a que el fuego hiciera su oficio. Cándida, con esa alquimia propia de los fogones tradicionales, transformaba el botín: si era garrobo negro, preparaba una sopa sustanciosa de la que todos comíamos; si era iguana verde ?que en aquellos años los nicaragüenses no acostumbrábamos consumir?, la cocía y la desmenuzaba exclusivamente para el gato; y si se trataba de algún conejo atrapado en los maizales aledaños, lo precocía para luego sofreírlo con esos tomatitos «de gallina» que entonces crecían silvestres en huertas y patios, y que hoy el tiempo y el cemento han ido borrando. Muñeco esperaba su ración cocida como un tributo justo a su oficio. En 1975 regresé a Managua, y el destino de aquel gato blanco se me perdió en la bruma de la distancia.

Bomaco, en cambio, pertenecía a la estirpe terrestre y recia del perro nicaragüense de patio ?esa raza indescifrable que en nuestra tierra llamamos «come cuando hay», aunque siempre sospeché que por sus venas corría algún cruce noble?. Era un animal fornido, mucho más corpulento que el perro promedio del campo, cubierto de un pelaje corto y ceñido de color canelo claro, rematado por una cola flexible cuya punta parecía haber sido mojada en pintura blanca. Lo había traído mi tío Toño tras alguno de sus frecuentes viajes de negocios hacia Estelí, rutas que solía recorrer en compañía de su amigo Pichardo.

Si Muñeco era el señor de las alturas, Bomaco era un radar viviente a ras de suelo. Dotado de un oído prodigioso y un instinto infalible para detectar la presencia de saurios ocultos entre la maleza, era el compañero indispensable en nuestras jornadas para «garrobear» por los solares vecinos. Él marcaba el rastro con precisión quirúrgica para que don Eduardo, apuntando con su rifle calibre

.22, buscara el ángulo limpio y derribara al garrobo ?respetando siempre, por costumbre de época, a las iguanas verdes?.

Pero lo que convirtió a Bomaco en una leyenda familiar fue su terca voluntad de sobrevivir. En dos ocasiones burló a la muerte en las carreteras del occidente. La primera vez lo arrolló un automóvil interlocal de la ruta Chinandega-León, fracturándole la pata trasera derecha. Sin veterinarios a la mano, el tío Toño y don Chico Mecatero echaron mano del ingenio artesanal y le entablillaron el hueso; semanas después, el perro volvía a correr como si nada. El segundo percance ocurrió en pleno apogeo de la época dorada del algodón: un tractor que arrastraba un enorme tráiler cargado hacia las desmotadoras lo alcanzó en el camino. Quienes presenciaron la escena aún no se explican cómo no quedó triturado; Bomaco dio una vuelta completa atrapado en el estrecho espacio entre la gigantesca rueda trasera y el guardafangos. Salió vivo, aunque con la pata delantera derecha quebrada. Volvieron a entablillarlo con paciencia y oficio, y una vez más regresó a la brega, aunque desde entonces conservó una cojera leve, una renguera digna que llevaba como medalla de guerra.

Bomaco acompañó la vida cotidiana de la casa de mi abuelita Yeyita durante más de trece años, viendo pasar los días y los cambios de una década turbulenta. Cuando finalmente la vejez lo venció, a mediados de 1986, le dimos sepultura al pie de un árbol de laurel en aquel mismo patio, cerrando bajo su sombra el ciclo de una lealtad que aún hoy sigue intacta en la memoria.

©?Todos derechos reservados, 17 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Elegía de la memoria y el patio

Bajo la sombra del palencón herido por el rayo,
donde la infancia resistió al temblor y al tiempo,
late aún el compás de una tregua intacta:
Managua en escombros, Chinandega verde,
y el refugio caliente de la abuela Yeyita.

I. El felino de alabastro
Era Muñeco una escultura de nieve pura,
un gato montés exiliado en la blancura,
con rescoldos de fuego por pupilas
y una estela de felpa en la penumbra.
No era de estirpe mansa: cazador de la altura,
escalaba el tronco gigante del mamón bravo
para ofrendar la presa a la cocina humilde,
cambiando el instinto salvaje por ritual civil.
Nunca manchó sus fauces con sangre cruda;
entregaba el botín ?garrobo negro o conejo de monte?
como un monarca altivo que tributa su caza
a cambio de la tierna complicidad humana.

II. El can de la ruta y el plomo
Bomaco, en cambio, era de tierra y canelo,
un mapa de cicatrices curtido en el camino,
con un pincel de nieve en la punta del rabo
y el pulso nómada de Estelí en la sangre.
Su olfato era un radar sobre la grama,
buscador de saurios en los patios vecinos
junto al rifle paciente de don Eduardo.
Sobrevivió al interlocal y al gigante de hierro
que arrastró el algodón de la época dorada:
rodó entre la rueda y el guardafangos ciego,

quebró hueso y destino, pero volvió a la brega,
dejando en cada cojera un latido de héroe
hasta apagarse, trece años tarde,
al pie del laurel mudo que guarda su sueño.

III. La casa de la abuela y los nuestros
En el centro de aquel patio sin fronteras,
la abuela Yeyita tejía el amparo
con manos que curaban el espanto de diciembre.
A su alrededor giraba el mundo nuestro:
Cándida, alquimista del fogón y la paciencia,
avivando el fuego junto a los tomatitos silvestres;
el tío Toño, trayendo caminos de Estelí en la voz
junto a la sombra leal de Pichardo;
don Eduardo, midiendo el aire con su rifle breve,
y don Chico Mecatero, con sus dedos de fibra y oficio,
anudando huesos rotos con sabiduría de pueblo.
Todos ellos fueron la raíz invisible
que sostuvo la infancia bajo el laurel y el mamón,
custodios de un hogar donde hasta el aire
tenía nombre propio y memoria.

IV. El tiempo recobrado
Hoy, en el saco grato de los años maravillosos,
el gato blanco y el perro de hueso hondo
dialogan sin distancia en la memoria.
Muñeco en su trono de ramas y altura;
Bomaco rengueando su lealtad por el patio.
Dos guardianes de un mundo que ya no existe,
tallados para siempre en la misma luz
de nuestra tierna e invicta comarca.

©?Todos derechos reservados, 18 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Manifiesto de la prisa leve

"Vivamos mucho, no andemos muriéndonos tanto".
Armando Morales (1927-2011), pintor nicaragüense y universal

"Vivamos mucho, no andemos muriéndonos tanto",
labrando esta desdicha donde el tiempo se ahueca.
Que no nos robe el pulso la melancolía blanca,
ni el humo de lo estéril que la memoria seca.

Hay una luz salvaje que muerde los umbrales,
un vértigo de asombro que estalla en la cocina;
el café humeando sobre la mesa ajena al mito,
la piel que reconoce su propia disciplina.

Agradecer el vértigo de estar a la intemperie,
con los pies en el lodo y los ojos en el fuego;
despertar en el centro de esta extraña tregua
y apostar toda el alma sin saber el juego.

Saber que el mundo arde y aún así tocarlo,
dejar que la alegría nos inunde el costado;
un latido sincero que desafía al cemento,
un presente perpetuo donde estamos salvados.

©?Todos derechos reservados, 19 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Elegía de la mitad que quedó en el horizonte

A Lidia, Félix y José, mis hermanos en la luz

I
El nombre ya no vuelve cuando se pronuncia en la sala;
se queda suspendido como el humo de una vela apagada
en el umbral de la tarde.
No es el silencio común de los cuartos vacíos,
sino el hueco exacto que deja una voz
cuando el aire olvida cómo sostenerla.

II
Teníamos la costumbre de repartir el mundo
en mitades de pan, de insomnio y de intemperie.
Lo que ardía en mi pecho encontraba en tu costado
su brasa hermana, su tregua, su espejo sin doblez.
Éramos dos orillas aprendiendo el idioma del río,
dos nombres cosidos al mismo pulso
mientras el tiempo pasaba sin pedir permiso.

III
Hoy la distancia no se mide en leguas ni en caminos,
sino en esta ausencia quieta que habita cada objeto:
en la silla que conserva el peso de tu hombro,
en la calle donde el viento dobla tu risa antigua,
en la luz que entra sesgada y no encuentra tu rostro.
Nombrarte es ahora un acto de intemperie,
una palabra que resbala por la garganta
como agua salada sobre una herida limpia.

IV
Y sin embargo, no todo es ceniza ni naufragio.
Queda el territorio intacto de lo vivido:
la mesa donde aprendimos a nombrar el asombro,

la mano firme cuando el miedo golpeaba los goznes,
la certeza de haber sido contemporáneos del milagro
de caminar juntos bajo el mismo cielo variable.

V
Te devuelvo al horizonte con la gratitud grave
de quien sabe que nada verdadero se pierde del todo
cuando ha sido habitado con tanta lealtad.
Sigues estando en el centro de lo que me sostiene,
como una raíz oscura bajo la nieve,
como la parte de mí que ya no me pertenece
porque se quedó contigo, guardando nuestra luz.

©?Todos derechos reservados, 20 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Trilogía de la raíz y el vuelo

I

Antes del hierro y el presagio, un pulso de obsidiana y barro latía en la espalda del continente. No hubo frontera que partiera el aliento de la selva ni el vértigo del páramo: éramos un solo mapa de sangre, maíz y memoria indómita. En la grieta donde la historia intentó silenciar la lengua originaria, se alzó un pacto de pluma y furia, una estirpe rebelde que no se rinde al olvido y que respira en cada piedra viva de nuestra América profunda.

II

Despierta el Águila sobre el lago de espejo y fuego, forjada en el yunque de los soles antiguos, con garras de basalto que sujetan el relámpago. Es la centinela de Anáhuac, la que mira el abismo sin parpadear y bebe la cólera sagrada de los pueblos que jamás entregaron su dignidad. Su sombra es un decreto de combate sobre los valles altos, recordando que la libertad se talla en la resistencia y se corona con el vértigo de la altura.

III

En la penumbra esmeralda del bosque húmedo arde el Quetzal, llama viva entre helechos y neblinas, cinta de jade y brasa que desafía la jaula. Es el verbo indómito del istmo, la elegancia feroz de lo que no se deja domesticar, el latido libre que se niega a morir en cautiverio. Cuando su cola de esmeralda rasga la lluvia centroamericana, teje el hilo invisible que enlaza al norte con el sur en una sola epopeya de raíz, dignidad y porvenir.

IV

Desde la cicatriz helada de los Andes emerge el Cóndor, monarca de ventisqueros y abismos, con alas desplegadas como un telar de niebla y piedra. Su vuelo traza la columna vertebral del sur, uniendo quebradas, salares y gargantas donde retumba el eco de los incas y los mapuches. No pide permiso al viento para domar la tempestad: su pecho es un tambor de glaciar que late con la terquedad invicta de quienes hicieron de la cumbre una trinchera.

©?Todos derechos reservados, 21 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua, Nicaragua

Salmo de lo que ya habita

I
Bendice, alma mía, lo que no se pesa en oro ni se encierra en arcas,
porque la verdadera heredad no es el metal que oxida el tiempo,
sino el pan partido sin prisa y el aliento que regresa intacto cada alba.
No midas la opulencia por el estrépito de lo mucho que se acumula,
sino por el fulgor sereno de lo que ya colma la existencia,
como un río que desborda su cauce manso sin pedir permiso a la sed.

II
¡Alégrate en la abundancia de las cosas breves que sostienen el mundo!
En el humo oscuro y fragante del buen café que despierta los sentidos,
en el buen libro que abre puertas invisibles dentro de la vigilia,
en esa hora más de sueño que rescata al cuerpo de la fatiga,
y en el cielo bonito que se tiende como un manto de zafiro sobre el asombro.
En la buena comida compartida donde el pan sabe a afecto y sobremesa,
en las noches relajadas donde la pantalla ilumina sin herir el sosiego,
en la caminata que desata los nudos del paso y devuelve el horizonte,
y en la casa ?ese puerto fiel? adonde siempre es posible volver cuando cae la tarde.

III
¡Exulta en la riqueza viva que respira, late y te nombra!
En tener familia y amigos como columnas firmes en medio de la intemperie,
en tener salud ?ese milagro silencioso que circula sin pedir aplauso?,
en abrazar al cónyuge y hallar en otro pecho el abrigo de la tregua,
en el tiempo dado a los hijos, donde el futuro ríe con voz propia,
y en el juego leve con la mascota, cuya fidelidad no conoce el cálculo.
¡Cuán afortunados ya somos cuando nos habita la libertad de ser nosotros mismos,
cuando las manos obran en lo que se ama sin traicionar el alma,
y el cántico de gratitud sube limpio, como incienso, hacia lo que ya es nuestro!

©?Todos derechos reservados, 22 de noviembre 2026 ? © Alcides R. Chavarría ? Managua,

Nicaragua